

LA LITERATURA FEMENINA EN FRANCIA

Por Elena PONIATOWSKA

REALMENTE, Francia está llena de pequeños monstruos. Hace dos meses uno de ellos, Françoise Sagan estrelló su coche en una de las múltiples carreteras de los suburbios de París. Este choque sensacional y muy apropiado le valió una publicidad gratuita en todos los diarios del mundo. Supimos que su perro, un enorme policía, había vigilado de día y de noche la entrada de su cuarto de hospital y que su hermano no la había abandonado un solo instante... De paso nos dijeron que la nueva novela de la señorita Sagan, que no tiene título aún, vale actualmente cuarenta millones de francos, y antes de publicarla, Julliard, el editor que se ha enriquecido con la explotación constante de los monstruos, cedió sus derechos a una importante compañía cinematográfica francesa... Cuando vi, hace dos años, a Françoise Sagan, me dijo: "Quand j'ai le cafard je prends ma jaguar et je fais de la vitesse"... Entonces no tenía más que un jaguar. Ahora tiene cinco cochecitos sport, pero sigue con el mismo "spleen" de cafés y humo, de largas pláticas con intelectuales lánguidos y desvalidos; con existencialistas que hace mucho ya no creen en el existencialismo...

Françoise Mallet Lilar, o Jorris, cuyo último libro (*Les mensonges*) es sencilla y llanamente malo, cree en las brujas y en los gnomos y ella misma parece una gárgola en las góticas catedrales de Francia. Sus primeros dos libros fueron consagrados por la crítica (*Le Rempart des Béguines* y *La Chambre Rouge*), pero su último libro nos muestra que la escritora, al igual que la señorita Sagan, se repite, insiste en el mismo tema, sin el entusiasmo y el soplo lírico de los primeros volúmenes. Pero hablemos de Françoise Sagan...

Quizá lo más notorio de Françoise Sagan sea ese modo lacónico de contestar preguntas y esa ausencia total de amaneramientos... No quiere producir efecto alguno... No. Ni siquiera el de la niña abrumada por su éxito. No le quiere caer bien a nadie y que "allá los periodistas o los críticos digan lo que ellos quieran"... Y, sin embargo, su sala es un camerino de vedette. Todos los jueves, la señorita Sagan recibe a la prensa y a los fotógrafos. El jueves que fuimos había un señor del "Life" y otros de "Paris Presse" que la retrataron en diversas poses, sentada frente a su máquina de escribir. La interrogan demasiado, la fotografía demasiado y la pobrecita se ha rendido ya a ese gran tropel de caballos llamado éxito... La invitan a comidas donde todos la escudriñan; las madres de familia se azoran de que las niñas de dieciocho años sepan tantas cosas; los críticos y los escritores quieren lanzarla en largas discusiones sobre la moral o los sentimientos adversos, tratando de enderezar lo que creen equívoco... La psicoanalizan para conocer el fondo de su extraño y precoz pensamiento... Dentro de poco, las casas de moda le pedirán que modele suéteres y trajes de baño. Las grandes marcas de pasta dentífrica la retratarán en su cuarto de baño, lavando sus dientes papejos con el producto que quieren anun-

ciar. Y nadie sabe hasta qué punto le guste a Françoise Sagan este éxito magnífico y cansado... Por eso creo que su último choque tan aparatoso (porque manejar como ella lo hace es casi una forma de suicidio) es en cierto modo un poco el querer eludir la vida, el éxito que la abruma, y los temas tan desesperantes que trata en sus novelas.

En Francia ha surgido un movimiento de jóvenes que escriben cosas atroces (digo atroces en el sentido social, y porque la juventud normalmente implica una



F. Sagan— "no tiene lema de vida"

gran confianza y un gran amor por la vida, que ellos no poseen) integrado por Françoise Mallet (autora del *Rempart des Béguines* y *les Mensonges*) y cuyo caso más extraordinario es sin duda el de Françoise Sagan. Julliard es el editor de toda esta juventud que recibió la vida sin saber todavía utilizarla; y que ahora la lleva en sus manos como una carga demasiado pesada, dura e inexorable. Niños que sacan partido sin pudor de los sentimientos humanos porque los han conocido demasiado pronto. No sé hasta qué punto sea auténtico escribir cosas terribles. Me parece más auténtico hacerlas y no sacar de ellas ni gloria ni partido, pero esto es tan sólo una idea. El cultivo de las bajezas humanas y su confesión ha sido considerado siempre como un tema vital. Françoise Sagan posee un don natural: el estilo. Y a los franceses les impresiona enormemente y con absoluta razón, esa cosa llamada *Le Style*. En Francia, un libro bien construido, escrito en "un beau français", en un buen francés, en un idioma bello y sonoro v

clásico, gana el setenta por ciento de la admiración de los lectores. ¡Qué estilo!, exclaman entusiasmados. Después viene la poesía, el encanto, la magnitud del tema, la sutileza con que se describe cada objeto o cada situación. Y la profundidad del pensamiento. Pero ante todo hay que saber escribir. Conocer el idioma y sacar de cada palabra la mayor savia y el sentido más exacto. Obtener del lenguaje los máximos rendimientos. Ese amor de Francia hacia su lenguaje es algo que deja boquiabierto al visitante. Ese respeto inmenso, esa veneración latente por la Academia de la Lengua, es algo digno de meditar. Cada sillón de la Academia Francesa es acariciado, deseado en secreto y también en voz alta, codiciado por muchos ojos y por muchas manos que escriben febrilmente todas las noches para adquirir un buen estilo. Pero el amor de Francia por su idioma es milenario y viene desde Voltaire, desde Corneille, desde Racine, Malherbe y Boileau. En recepciones y en muchas reuniones se habla con la lengua de Molière. Existen las mismas frases agrías y dulces, los mismos cumplidos un poco irónicos, las mismas alabanzas a doble sentido, las largas tiradas de explicaciones no requeridas, las intrigas, el interés o la indiferencia. Perdurarán hasta el fin de los siglos, por su admirable elaboración, los corteses y emponzoñados diálogos femeninos. Y todos se esmeran por hablar del mejor modo posible, con las frases mejor construidas y los calificativos más apropiados.

¿Y Françoise Sagan? Françoise Sagan escribe el más clásico y puro francés. Pero hablemos de la mujer, de la niña. Y después conoceremos a la escritora. La escritora es delgada y sonríe poco. Más que andar, resbala con pasos menudos al lugar deseado. Se sienta y tiene unas piernas muy largas y bonitas. Pero no es alta. Se viste casi siempre con faldas y suéteres, zapatos de tacón alto, y no le pregunté lo que comía porque un periodista norteamericano lo estaba haciendo y come igual que nosotros. Sus autores favoritos son Proust y Stendhal y nada más. No le gustan los objetos chinos. (Tiene razón. Esos perros de porcelana azul con cara de dragones son muy feos). Pero le encanta el mar. Admite que el existencialismo es una filosofía muy interesante, pero ella no es existencialista. Lo que más le gusta hacer por el momento es tomar café. No, no cambiaría su vida por nada del mundo. Su vida anterior no es diferente a su vida actual. Tan sólo tiene más posibilidades de desarrollo que antes ¿Su pintor preferido? Picasso. No le gusta el cine sino para ver la dirección. Los actores no le llaman la atención. Le encanta viajar y no tiene lema en la vida. En mayo de 1954, recibió el gran premio de los Críticos y sus dos libros se traducen en dieciséis idiomas. Ninguno de sus libros es biográfico. Su próxima novela, vale ya cuarenta millones de francos, y todavía no tiene título. ¿Su flor preferida? La orquídea. (¡Fuchi!). ¿Su ideal de felicidad terrestre? (Me mira extrañada). ¿Un marido? ¿Niños? (Asombro total) ¿Niños sin marido? ¿Marido sin niños? Nada le apetece. ¿Está contenta ahora con su éxito? Sí. Pero ha enflacado mucho. Françoise Sagan es hosca. Creo que tiene miedo de que la hieran y, sin embargo, toda Francia se ha puesto de acuerdo para decir que es una gran escritora, y jamás se ha hecho sobre ella artículo pernicioso o denigrante. Pero ella, como



F. Mallet— "rehuye toda publicidad"

toda la gente joven, no tiene la diplomacia de la edad y de la experiencia y se repliega sobre sí misma, en esa actitud actual de las muchachas europeas que en vez de dirigirse a los demás y creer en su benevolencia, tienen un ademán asustado, un imprevisto: "Déjenme sola".

Tampoco es visible en su rostro la alegría del gran éxito, aunque sí siente satisfacción interior. Nada revela en ella el entusiasmo propio de la gente joven, y aunque la tragedia de su novela le es ajena, pesa sobre sus hombros de niña franca. Françoise Sagan es, sin duda, la gran escritora del futuro, la Colette y la Simone de Beauvoir, todo en una que logrará lo que pocas mujeres logran en la literatura. Pero por el momento, y en ese jueves especial de entrevista, era sólo una potranca delgada y puntiaguda, sobre la cual habían ensillado la dura carga de la gloria y del triunfo.

Junto con Françoise Sagan, Françoise Mallet es la autora joven que más revuelo ha causado en París... Su primer libro, *Le rempart des Béguines*, escrito cuando tenía ella veinte años, es asombroso de

fuerza y de inflexible dureza... Al ver el libro tan sólo se puede exclamar: "Es imposible que un libro tan atroz y tan bien escrito haya surgido de una mente de veinte años"... El *Repart des Béguines* lleva ya 825 mil ejemplares vendidos y ha conocido las mejores críticas y el aprecio de todos los medios literarios e intelectuales. Y sin embargo, mientras Françoise Sagan es la vedette de la literatura francesa, la escritora que se compra jaguares y Aston-Martins y va a los Estados Unidos invitada por la prensa americana, Françoise Mallet rehuye toda publicidad, o mejor dicho, tan sólo accede cuando su editor Julliard se lo pide (casi, casi de rodillas)... Y esta indiferencia a la publicidad no es una pose o un truco a lo Greta Garbo... Es realmente auténtico en la escritora Françoise Mallet... Al respecto, le hicimos la siguiente pregunta:

—¿Cree usted que un escritor necesite cultivar su propia popularidad (cocteles, entrevistas, visitas, relaciones con otros escritores)?

—No, no lo creo, al menos en lo que se refiere a lo moral. Quiero decir que no creo que las visitas, las relaciones con otros escritores y el intercambio de ideas, sean útiles a la formación moral del escritor. Sólo es útil en lo inmediato, y casi diría yo, para pequeñas operaciones de finanzas... Casi todos los escritores somos pobres y todos necesitamos que periódicos o libreros soliciten de nosotros artículos o textos varios para revistas o diarios.

Personalmente nunca he escrito un solo texto corto que podría insertarse en una revista, pero sé que a ello recurren escritores necesitados. El exceso de publicidad alrededor de un libro (no la publicidad que hacen los demás sino la publicidad propia) siempre me ha parecido una falta ética muy grande, y casi diría yo de irrespeto por la literatura... Casi, casi, reduciría yo su pregunta a: "¿Necesita un escritor dinero?... Y entonces le contestaría yo sin más: "Sí..."

Françoise Mallet tiene el pelo larguísimo en cola de caballo. Y los ojos azules muy claros... Ahora está casada con un pintor y nació en Anvers, Flandre, el 6 de junio de 1930... Es decir que ahora ya tiene veintisiete años... y un niñito güero de seis años... Su marido, Alain

Joxe, ha cubierto las paredes de su departamento de la calle Royer Collard con una infinidad de cuadros, de retratos, lo que le da un aspecto muy artístico... Alain Joxe también es historiador... Los dos llevan una vida completamente dedicada a su labor artística... "Fíjese, señorita, nos dice Françoise Mallet, otra de las razones por las que nunca vamos a cocteles y por las que no conozco a nadie desde el punto de vista social, es que soy muy huraña y, como trabajo mucho en la mañana, necesito acostarme muy temprano. Siempre me viene la inspiración a las siete de la mañana. Y me dura hasta las once y treinta... Y después me agoto y no puedo seguir adelante... Siempre escribo a mano y luego lo paso en limpio a máquina... ¿Mi defecto de escritora, o con lo que más tengo que luchar? Es con la abundancia... Me meto siempre en una cantidad de detalles que juzgo esenciales y luego no lo son... Para escribir una novela, hay que suprimir y eliminar... Cuanto más se elimina, cuanto más se evitan repeticiones o redundancias, más fuerza y más claridad adquiere el texto... Y yo no me sé separar de ciertas frases... Y escribo y escribo y escribo, cosas que después tendré que tachar ineludiblemente. Y luego me cuesta un trabajo atroz ponerle un título a mi novela... Soy muy puntual, sobre todo en épocas de trabajo... Siempre me acuesto a las ocho para estar al pie del cañón a las seis de la mañana, lista para trabajar a las siete. Cuando tenía 17 años escribí en Bruselas un volumen de poemas, pero para mí, no para que se publicaran... Como lo ve usted, soy mal tema y poca presa para una entrevistadora."

Pero no por eso nos damos por vencidas. Tenemos una serie de preguntas que hacerle a la escritora y no se quedarán en nuestro bolsillo. Hay en Françoise Mallet una conciencia profesional tan grande, un amor hacia su labor, hacia su arte, *escribir*, tan profundo y tan grave, que aunque ella no lo quiera, su actitud es esencialmente la de una escritora... Y la tenemos que someter a un interrogatorio escrupuloso...

En primer lugar, hablemos de su libro, escrito en primera persona. La narradora del *Repart des Béguines* (título que no sabemos traducir al español) es una joven de quince años, y el misterio que rodea el lazo de su padre viudo con una extranjera: Tamara, la intriga y la inquieta. Un día encuentra a esa mujer, y la niña cae bajo su encanto. La autora, que tan sólo contaba con veinte años cuando se publicó el libro, da pruebas de una fuerza, de un tacto y una maestría en la descripción de las escenas más inesperadas. Los críticos se han unido para declararla y colocarla en el primer lugar de las novelistas de su generación. *Recámara Roja* es una secuencia del *Repart des Béguines*. La narradora se enamora de un hombre muchísimo más grande que ella, hombre que no quiere renunciar jamás al personaje cínico que él mismo se ha impuesto. Esta novela, de una moral más que cristiana, demuestra y refuerza todas las cualidades que hicieron del *Repart des Béguines* un éxito completo.

Nosotros nos hemos quedado asombrados sobre todo, ante dos pensamientos de la señora Mallet. Uno de ellos es el hecho de que tan sólo le importa a la



"esa veneración latente por la Academia de la Lengua, es algo digno de meditar"

escritora la victoria de los seres humanos... La victoria y la suficiencia, tanto en la maldad como en la bondad... Y esto nos parece extraño, ya que "el bien no siempre deja huella en el camino; el mal, en cambio, arrastra inevitablemente sus consecuencias"... Françoise Mallet estaba una vez en una iglesia en una misa de Gallo, en donde todas las señoras y las familias elegantes se habían instalado en los primeros bancos. Françoise Mallet está en contra de los pecados salvados, o salvaguardados, por el dinero o por el nivel social. En contra de los tibios que se agarran de la indulgencia de Dios para seguir en sus tibiezas. En contra de las actitudes, del falso honor y de la falsa nobleza. En contra de los que se pescan de su posición social para seguir en su pecado. Françoise Mallet no cree en un Dios dulce y misericordioso, del perdón, y no quiere doblar la cabeza. Dura, sola, nueva, intacta e inatacable no cae en la hipocresía y en lo farisaico... En la iglesia, en la elegante misa de Gallo, donde susurraban vestidos, pieles y elegantes misales, ella ha rezado: "Dios mío, no me perdone usted nada. No me deje parecerme a aquéllos. Iría hasta el fondo del corazón mismo del mal, antes que parecerme a aquéllos. No me perdone usted mis ofensas, porque yo jamás perdonaré ninguna. Déjeme entera y fuerte como lo soy, y si fallara yo en lo que quiero obtener de mí misma, castígueme tanto como esté en su poder, porque rehusaré siempre vuestra indulgencia..." No está por demás decir que la autora es orgullosa, y que no sabe que la verdadera fuerza se halla justamente en la indulgencia y en la dulzura... Pero continuemos nuestro cuestionario: Françoise Mallet, ¿a qué atribuye usted su éxito?

—Tan sólo llamo éxito el momento en que un autor, mirando tras sí, percibe que ha realizado la mayor parte de su obra, y que ha progresado constantemente hacia lo que quería expresar y que —incidentalmente— tiene la audiencia del público... Ve usted que me doy muchos años de trabajo antes de llegar a lo que se llama un éxito, antes de haber logrado lo que me propongo...

—¿Qué opina del movimiento de autores jóvenes, al cual pertenece, editados por Julliard?... ¿Le gusta este éxito desmesurado?

—Encuentro todos estos éxitos prematuros muy peligrosos para autores jóvenes que muchas veces podrían dar más, dar algo mejor aún, y cuya vida de escritor se ve truncada por todo el ruido hecho alrededor de su primera obra. Después de un éxito sensacional, todos quieren producir, escribir en masa, y dentro de la cantidad, se pierde la calidad...

—Personalmente, ¿por qué escribe usted?

—Escribo porque creo sinceramente que es la cosa para la cual tengo la mayor facilidad y las mejores dotes... Además, he escrito siempre. A los doce años, ya escribía novelas...

—¿Pero cree usted que es valioso escribir, como un deporte para el cual se tiene facilidad, o cree usted en los escritores que tienen un "mensaje que comunicarles a los hombres"?

—A la edad de doce años, escribía yo de seguro por escribir, pero tampoco creo que tenía un mensaje que comunicarles a los hombres... Después, nunca he pensado en "escribir" en ese aspecto. No quiero a las gentes que saborean su trabajo, tanto en literatura como en car-

nicería. El trabajo bien hecho es ya un "mensaje" en sí. Y si un autor tiene una concepción de la vida original que transmitir, tanto mejor...

—¿Puede usted traerme un retrato moral de su persona?

—Soy "flamande" y por consecuencia, bastante ordenada y busco siempre la limpieza y la abundancia, los colores y las materias. Soy un poquito violenta, a veces insociable y muchas veces desagradable... Sufro en las entrevistas... El defecto que más odio: la avaricia, la estrechez de espíritu. La cualidad que prefiero: la generosidad en todos los sentidos de la palabra... Cuando escribo, tan sólo pienso en la novela que llevo en la mente... Nunca pienso en lo futuro, en la bomba atómica y esas cosas. ¿Con qué me entretengo? Haciendo horribles muecas y organizando concursos con mi hijo, que también hace unas muecas dignas de consideración... Los dos vivimos en un mundo imaginario de fantasmas, muecas, y horribles caritas, y voces rarísimas... Me encantan los desfiles de carnaval con sus máscaras (los hay muy bellos en Flandes) los trajes de fantasía, y las "gargouilles" (a lo mejor por eso no tengo razón en no asistir a las reuniones literarias...) Me encanta contarme a mí misma, y contarle a mi niño, historias, de brujas en las que creo un poco. Pero me gusta también el mundo de la calle

y los personajes vivos... Pero es verdad que los quiero tan sólo para incorporarlos en historias...

Françoise Mallet y las gárgolas y las máscaras de horror de Carnaval, las quimeras que rondan con sus cuerpos deformes. Françoise Mallet y su espíritu medieval, duro y terrorífico, compuesto con actos inexorables de pureza y orgullo, espíritu lleno de fantasmagorías, de incongruentes enanos, elfos saltarines, caritas risueñas y diabólicas que se ven en las iglesias góticas. Françoise Mallet representa un espíritu extrañamente contradictorio. Es a la vez medieval y flamenco, hosca y dulce, llena de imaginaciones torturadas y grotescas, barrocas y fuera de nuestro siglo moderno. Trabaja como un artesano incansable, como uno de esos viejecitos con sus anteojos sobre la nariz, que se ven en los grabados de Daumier, y rehuye asimismo las consecuencias de su trabajo (éxito, popularidad) como aquella joven extraña que curaba gente a base de hierbas y pociones, joven embrujadora que tan bien describe George Sand en una de sus obras... En verdad, Françoise Mallet debería haber vivido en el siglo XIII. La imaginamos con una pluma larguísima, escribiendo sigilosamente con su cofia puntiaguda sobre la cabeza, encerrada en una torre, entre adustos y preciosos manuscritos enrollados.

AQUILES TRAGICO

Por Huberto BATIS

Al maestro Alfonso Reyes

UN PERSONAJE heroico, epopéyico, cuasi-divo, reflejo de una nacionalidad cantada para siempre, es el objeto de mis reflexiones. Concebido en boca de los hombres, sólo alcanzó a ser engendrado por la palabra de uno. Y al verlo, todos los demás lo reconocieron como genuino y se lo apropiaron: Aquiles.

La preocupación de su progenitor al darle vida fue conformarlo de acuerdo con la tradición exigente y nimia, con la ficción y el escenario de la creencia común, y, al mismo tiempo, hacerlo eternamente nuevo sin discordar del pensa-

miento antiguo. Aquel hombre —poeta— logró su propósito: el engendro resultó preciso y luminoso. Todos reconocieron en el producto, plasmado por fin, a aquel que entreveían en su propio pensamiento. Vivió Aquiles, pasó nuevas situaciones emotivas y se encadenó al juego y a la actuación de sus pasiones intensa y magistralmente. Como personaje realizó el ideal artístico griego: fue un compuesto de inteligencia y de energía, de razón práctica, de sentimiento del honor al cuidado del bien individual; hizo suyas, en el espíritu, las fogosas pasiones nacionales, y, en la carne, la perfección. Pero el triunfo mayor de Aquiles fue



"la grandeza de un hombre favorecido por los dioses"